



5. Crisis de régimen y procesos constituyentes

Impulsar el proceso constituyente, construir un instrumento político para “los de abajo”

José Antonio Errejón

Las líneas de fractura que agudizan la crisis de legitimidad del régimen son el tema de la deuda y el derecho a decidir, pero también el fracaso de la política de vivienda desarrollada con escasas diferencias por el PSOE y el PP¹.

La crisis del régimen es la crisis de las instituciones y mecanismos que aseguraban la adhesión de las capas subalternas a la hegemonía del bloque dominante y tiene como indicador más relevante el carácter disfuncional que, cada vez más, tienen los derechos y prestaciones sociales (convenios colectivos, pensiones, salud, vivienda, educación, etc) que constituían el núcleo social de la Constitución para el funcionamiento de la dominación capitalista. La crisis del régimen es el fin del “Estado de Bienestar a la española”.

No se puede constatar la crisis del régimen y no sacar consecuencias en términos de posiciones políticas. Eso se lo puede permitir un “movimiento” pero no nosotros. Si no lo hacemos, ¿en qué nos diferenciaremos de IU, que pretende ocupar la vacante parcial de la crisis del PSOE?

Nuestra *chance* está precisamente en la consigna “romper con el régimen” y eso es ya parte del proceso constituyente. Romper con el régimen afirmando los derechos que ahora nos niega, para situarnos en una perspectiva anticapitalista. Un bloque histórico –no “sociopolítico”– un proyecto de reconstrucción social con nuevas reglas, un proyecto de nueva convivencia, una nueva geografía de lo social, un sentido distinto de la economía orientada a la producción para las necesidades

¹/ Con vistas a reanimar el mercado inmobiliario, el gobierno del PP promueve lo que no se atrevió a hacer el del PSOE, impulsar una cierta política de alquiler.

El contenido social de la crisis del régimen

Hay que definir el contenido social, material, del proceso constituyente. La PAH lo está haciendo, contribuyendo a quebrar los lazos que ataban a los de abajo con el régimen a través de la propiedad de la vivienda. Esa quiebra es un hecho trascendental; miles de familias están despertando de una forma brutal del sueño en el que se veían parte de una “nación de propietarios”, con cuya condición se justificaban y aceptaban todas las privaciones materiales que de hecho la gente trabajadora viene soportando desde hace tiempo.

La propiedad de la vivienda, ese objetivo histórico que suponía el cumplimiento del sueño de redención de la condición proletaria, es arrancada de pronto por quien de verdad era su auténtico dueño: el capital financiero quien, a punto de hundirse, moviliza todo el poder del estado (policías, jueces) para consumir este despojo. Se trata de un fenómeno tan relevante que el gobierno no ha dudado en acelerar una política de vivienda que, orientada a reactivar el negocio inmobiliario (el único motor económico que el capitalismo español es capaz de concebir), es presentada ahora como un cambio en el régimen de acceso (¡a buenas horas mangas verdes!) a favor del alquiler, descubierto como la prueba de la europeidad con tal de distraer la atención de la gente del despojo histórico del que está siendo víctima.

Quiebras similares pueden producirse con ocasión del aumento del recibo de la luz, del agua, con el hundimiento del sistema público de sanidad o de enseñanza, porque es claro que su sostenimiento por las finanzas publicas es incompatible con las reglas de austeridad que no van a dejar de aplicarse en esta parte de Europa, pasando por encima, si es necesario, de venerables instituciones del Estado constitucional y de Derecho, como el Tribunal Constitucional portugués. Y en todos estos campos puede producirse, se está produciendo ya de hecho, un despojo tan violento como en vivienda.

Nuevas y más duras medidas de ajuste se anuncian para su aprobación inmediata, entre la que destaca una nueva vuelta de tuerca a la reforma laboral abaratando el despido improcedente, la reducción de los artículos con IVA reducido y otra vuelta de tuerca a las pensiones desvinculando su revalorización del incremento del coste de la vida.

Operaciones políticas al interior del régimen

El disgusto de Rajoy es para la galería, para poder seguir sosteniendo que no hace la política que le gustaría sino la que “tiene que hacer”. Su gobierno y el partido que le sostiene han demostrado con creces la más absoluta insensibilidad para con los sufrimientos de la gente trabajadora y su odio de clase ante las protestas de quienes están siendo despojados de sus condiciones básicas de existencia.

De parte del PSOE en vano se esperará alguna reacción para siquiera tratar de amortiguar esta nueva ofensiva contra los de abajo. Con su ya mencionada

pirueta de reforma constitucional y con la legitimidad “de izquierda” por las medidas expropiatorias en viviendas amenazadas de desahucio en Andalucía, su dirección estima que puede aguantar a la espera de mejorar su relación electoral de fuerzas con el PP con el que, en todo caso, no tendrá inconveniente alguno en discutir su descafeinada propuesta de reforma electoral, obteniendo así algo más de presencia mediática.

Las apariciones de Felipe González, sea apoyando al candidato de la derecha en Venezuela/**2**, sea manifestando su preocupación por los escraches, sitúan con bastante precisión el papel de este partido del que, no se puede olvidar, sigue siendo su principal referente histórico. La contribución de este partido es fundamental para la salvación del régimen del 78 del que ha sido la espina dorsal y con el que está indisolublemente unido.

Es preciso tener esto claro incluso cuando desde posiciones habitualmente lúcidas en mostrar la crisis del régimen/**3**, se postula su refundación. No hay refundación posible del régimen sino es en una clave acentuadamente posdemocrática y autoritaria por dos razones principales.

La primera es que, al contrario que en 1978, no hay una fuerza de las clases subalternas que le confiera la legitimidad de que aquel dispuso. Los sindicatos llamados mayoritarios de hoy ni por asomo tienen (para mal y para bien) el caudal de respeto y confianza entre los trabajadores que tenía el movimiento obrero de la época.

La segunda es que el “referente Europa” que, para una gran mayoría de la gente de izquierda de la época jugó como sinónimo de libertad y democracia, y con cuya referencia se legitimó el régimen desde antes de su nacimiento, opera hoy en sentido contrario para la mayoría de la población, incluyendo una parte considerable del pequeño y mediano empresariado que ya se ha desengañado de Europa como el vivero de los negocios.

Como venimos diciendo desde hace algún tiempo, frente a la instauración *de facto* de un régimen político posdemocrático al que se orientan los sectores hegemónicos de la burguesía española, solo existe la alternativa histórica, la de un proceso constituyente de un marco democrático de convivencia en el que puedan encontrar solución alguno de los graves problemas ecológicos, energéticos, sociales y económicos.

El contenido del proceso constituyente y las tareas de los anticapitalistas

El contenido del proceso constituyente es un cambio sustancial en la relación histórica de fuerzas entre los grupos dominantes y los subalternos, solo fugaz-

2/ y promoviendo la carta de los expresidentes latinoamericanos expresando su preocupación por la transparencia en las elecciones del 14 de abril.

3/ Ver artículo de Josep Ramoneda en *El País*, 11/04/13.

mente alterada en 1936 y en 1976. Es ese cambio el contenido esencial de un proceso histórico que se abre con la ruptura del consenso constitucional. Su condición esencial es la construcción de un entramado de instituciones alternativas en la lucha contra los recortes y los desahucios, por el impago de la deuda y por los derechos sociales plenos.

No basta con la resistencia, es preciso dotarse de contenidos propositivos para la solución de los problemas de la gente. La solución de los problemas del paro, de la vivienda, de la energía, del transporte, del medio ambiente, etc., deben y pueden tener un enfoque y un contenido constituyente, ofrecerlo a la gente que lucha.

En una situación tan dinámica como la presente es absurdo empeñarse en separar las tareas de fortalecimiento de los movimientos de impugnación del régimen de las de “la construcción del partido”. La crisis política nos ha cogido con esta dotación de fuerzas y el instrumento político necesario para el proceso constituyente solo podrá formarse en las propias luchas que lo precipitan y llevan en su seno. La tarea de los y las militantes anticapitalistas debería ser aportar nuestra visión general de la crisis y su salida desde dentro de los movimientos.

La crisis del régimen, ya se ha dicho anteriormente, es en muy buena medida la crisis de los sindicatos y los partidos de izquierda que han sostenido y legitimado el diálogo social, el desarrollo de un capitalismo que se pretendía del bienestar y que ha abocado al país a un empobrecimiento generalizado. Pero son estos partidos y sindicatos los que tenemos y no parece que los que militamos fuera de ellos hayamos sido excesivamente eficaces en la tarea de construir otros. De hecho, nos sumamos a sus convocatorias (otros no lo hacen pensando que están construyendo alternativas) con una voluntad crítica pero nuestra audiencia es limitada.

La izquierda situada dentro del régimen pierde toda posibilidad de alterar el rumbo de los acontecimientos a favor de la gente de abajo, atada como está por su responsabilidad en la modificación del art. 135 de la Constitución y en su apoyo al Pacto Fiscal. La direcciones sindicales que con la formación de la Cumbre social parecían querer configurar un bloque social en torno la defensa de los valores democráticos y sociales de la Constitución, en la defensa del “Estado social y democrático de Derecho” han comprobado cómo estos valores se han visto reducidos a una mera función ornamental, mientras que se robustecen en forma preeminente los que tienen que ver con la defensa de la propiedad privada, el poder de los empresarios y el mercado como el vínculo esencial de las relaciones sociales. Todo ello en la dirección inequívoca de un estado liberal autoritario y al amparo de un marco europeo que otorga prevalencia indiscutida a los derechos del capital sobre los del trabajo.

La necesidad de un instrumento político para los de abajo se revela ahora urgente. La crisis del PSOE no está siendo acompañada por la emer-

“El contenido del proceso constituyente es un cambio sustancial en la relación histórica de fuerzas entre los grupos dominantes y los subalternos”

gencia, con claridad, de una posición de izquierda que consiga referenciar la multiplicidad de las demandas sociales y ciudadanas planteadas. De no producirse esta emergencia, no podrá descartarse que un PSOE mínimamente renovado pudiera volver a encontrarse en la situación de la única opción viable para “enfrentarse” a la derecha, a una derecha cada vez más decidida a infringir una derrota histórica a la población trabajadora, similar por su alcance y pretensiones a la de 1939.

No cabe descartar la posibilidad de que el PSOE “tome oxígeno” como ya parece estar ocurriendo con su propuesta de reforma constitucional para la que parece estar contando con la tambaleante CiU a cambio de incluir la financiación autonómica y un cierto “hecho diferencial” en el Título VIII reformado. Con ello, aparte de reaparecer en la escena con un discurso propio y no a la contra de lo que hace el gobierno, encontraría materia con la que sentarse a la mesa y tener algo que negociar con el PP a cambio de asegurarle a este su neutralidad ante las medidas adicionales de austeridad que exige Bruselas/Berlín. No hay que decir, además, que para esta empresa no le sería difícil contar con las direcciones de CC OO y UGT que buscan desesperadamente cualquier resquicio para volver a ocupar un sitio institucional, por recortado que sea.

Si así ocurriera se habría vuelto a dar un cheque en blanco a una fuerza política asociada a una etapa del desarrollo capitalista definitivamente superada que ha demostrado su incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos a favor de la gente trabajadora a la que el capitalismo español está ya despidiendo y agradeciendo los servicios prestados en estos 35 años de “modernización” y democracia vigilada.

“Tirar con lo puesto”

Es difícil que lo que la izquierda anticapitalista no hemos hecho en tantos años, construir un instrumento político que disputara a la izquierda del régimen el apoyo de la gente trabajadora orientándolo a la conquista de más y mejores derechos y en una perspectiva anticapitalista, lo vayamos a conseguir con tanta premura, por mucho que confiemos en que “la necesidad agudiza el ingenio”.

De modo que tendremos que “tirar con lo puesto” como de hecho hacemos todos los días acudiendo a las convocatorias de los sindicatos del régimen del 78, engrosando y animando sus piquetes cada vez más mortecinos, impulsando las luchas por la sanidad y la enseñanza pública, defendiendo la titularidad pública del CYII que ellos son incapaces de defender, etc.

Tenemos un factor a nuestro favor que no habíamos conocido en otras ocasiones, un sector muy importante de la sociedad civil en trance de movilización permanente, responsable en buena medida de la agudización de la crisis del régimen del 78 y del partido que lo ha vertebrado durante decenios, el PSOE. Desde el 15 de mayo del 2011 la sociedad española parece haber recobrado la pasión ciudadana por la política, parece haber superado ese estado letárgico al amparo del cual se han cometido los atropellos sociales y ambientales en estos últimos lustros. Los actores políticos y sindicales no pueden desconocer tan sustancial cambio en la sociedad, de hecho ya lo registran pretendiendo aprovecharlo en favor de la recuperación de sus posiciones perdidas. Labor de la gente anticapitalista es que esta inmensa energía social y ciudadana no sea secuestrada e instrumentalizada por las instituciones del régimen para su prolongación.

La oligarquía está diciendo adiós al régimen y a aquellas de sus instituciones que cumplían funciones de paz social. Simplemente por ese hecho el régimen del 78 ha mutado en forma sustancial y aquellas fuerzas que se afanan en recuperar esas funciones y el papel que desempeñaban están condenadas al fracaso si no consiguen convencer a la derecha y al capital financiero de la utilidad de su contribución. La posición *gatopardiana* de *El País*, el PSOE/4 y los medios progresistas, intentando convencer al PP de la necesidad de contar con ellos para salvar a las instituciones del régimen y ofreciéndose como mediador para tan alta misión, se orienta en tal sentido.

La gente trabajadora necesita otras instituciones que oponer a las que ya está levantando el gobierno de los banqueros. Pero no se pueden construir solo desde fuera. El control de una parte de los aparatos del estado es indispensable para complementar la acción creadora de la sociedad civil. Un gobierno de ruptura democrática es un objetivo que, de un lado, eleva el punto de mira de las movilizaciones para transformar la energía social en medidas ordenadoras de la convivencia (en pugna, claro está, con los poderes fácticos dominantes) y, de otro, compromete a los partidos de izquierda en una acción de ruptura con el consenso constitucional que les ata a la gestión antisocial y antidemocrática del sistema

Algunos dicen que “la crisis del régimen no está madura”, que “hay que proceder a una acumulación de fuerzas”. No han advertido el cambio de época en el que estamos. La derecha ha acometido un proceso de desorganización del Estado democrático y social caracterizado, entre otros rasgos, por el paso de la responsabilidad colectiva a la individual, de la financiación del gasto público por tributos al crédito y por la idea de que toda intervención del estado en un área potencialmente rentable es ilegítima y, en fin, por la primacía de la lógica del mercado para la ordenación de las relaciones sociales.

4/ Por ejemplo, la petición de Pere Navarro a Felipe Borbón para que dirija una “2ª transición”.

Una amplia y sostenida movilización democrática

Hemos constatado, de un lado, la ausencia de un instrumento político adecuado a la naturaleza y alcance de las tareas a desarrollar en esta empresa constituyente; y, de otro, la existencia de un amplio movimiento democrático responsable de la agudización de la crisis del régimen pero que no es capaz, por el momento, de dotarse de unas instituciones que sirvieran de referencia para la gente de abajo en su vida cotidiana.

Las asambleas populares del 15M, con diferencias entre ellas en función de la tradición de cultura popular de sus respectivos barrios y pueblos, no parecen haber conseguido trascender su papel de encuadramiento territorial de la gente indignada para fines de movilización. No era fácil, desde luego, alumbrar instituciones arraigadas en el territorio después de lustros del tsunami modernizador durante la época de la hegemonía del bloque inmobiliario rentista que ha erradicado prácticamente todos los relictos de cultura asociativa que resistían desde los tiempos del tardofranquismo.

Es esta la tarea central del movimiento de movimientos y, desde luego, de la gente anticapitalista.

La conjunción de ambas circunstancias permite pensar la empresa constituyente y obliga a hacerlo teniendo en cuenta el conjunto de las instituciones que conforman la izquierda del régimen, activando el movimiento como una palanca de presión permanente que obligue a estas instituciones a ir más lejos de lo que querrían en su accionar inmediato. Una amplia y sostenida movilización democrática de masas que permita evidenciar la oposición entre democracia y Constitución y la forma en la que la invocación permanente de la segunda en favor de los intereses de la oligarquía ha ahogado las escasas posibilidades de emergencia de la primera.

Es verdad que la izquierda del régimen se encuentra un notable grado de desafección entre las capas subalternas. La principal, el PSOE, ha gestionado en forma desastrosa para los intereses de estas capas y la desconfianza es muy alta. IU, aun encontrándose en una fase de incremento de apoyo electoral, no parece terminar de inspirar confianza en su capacidad de modificar el rumbo político y su participación en el gobierno andaluz parece confirmar esta desconfianza. CC OO y UGT, por su parte, impulsan un amplio reagrupamiento de organizaciones sociales de muy diversa naturaleza e influencia social pero no dan signos de estar dispuestos a impulsar y promover el amplio movimiento democrático de masas que confronte con el proyecto autoritario del PP.

Dicho lo cual, hay que reiterar como todos ellos han cambiado sustancialmente sus posiciones desde hace algo más de un año y lo han hecho presionados por el empuje, la riqueza de reivindicaciones y propuestas que los movimientos sociales y ciudadanos han sido capaces de incluir en la agenda. La continuación y profundización de esta dinámica de movilizaciones está convirtiendo en imposible el juego de la alternancia previsto por el PSOE para

operar con tranquilidad la renovación de su proyecto político en el marco diseñado con el PP a partir de la constitucionalización de la política de austeridad y consolidación fiscal. La oposición tranquila pensada por Rubalcaba es sencillamente imposible en el contexto de generalización e intensificación del sufrimiento social y del clima de resistencia social que está ganado capas cada vez más amplias de la población, en su mayoría antiguos votantes del PSOE. Este simple hecho, el que la agenda no la marquen los partidos sino la acción de los movimientos populares, introduce un elemento de ruptura y discontinuidad con el curso “normal” de la vida política desde 1978.

Ese elemento de ruptura de la temporalidad del régimen en un buen indicio de que es posible pensar aceleraciones del tiempo político si sabemos dar con las consignas que permitan articular el conjunto de las energías sociales de protesta en un bloque social en pos de transformaciones sustantivas del cuadro político institucional. “Hacer de la necesidad o de la carencia virtud”, convertir la debilidad objetiva de los partidos y sindicatos del régimen en una ventana de oportunidad para obligarles a asumir posiciones de ruptura inequívoca con el régimen del 78. La consigna del gobierno de izquierda ilustra de forma expresiva esta ruptura con el régimen.

Esta es la tarea que corresponde a cuantos entendemos que la crisis del régimen del 78 es solo un indicador de la inviabilidad del capitalismo reformista y que abre paso a un régimen de explotación y opresión que las actuales generaciones no hemos conocido. Esta es la tarea de las y los anticapitalistas, en el seno de los movimientos de la gente trabajadora y subalterna, señalando objetivos más ambiciosos, potenciando la autonomía y la capacidad de autoorganización de la gente, contribuyendo a construir un instrumento político que supere la fragmentación y dispersión de las múltiples expresiones de rechazo e impugnación de los planes capitalistas.

El “partido” de los de abajo ya vive en el espíritu de rebeldía que anima a los que luchan contra la violencia de los desahucios y de los ERE, por los derechos de los jóvenes a vivir y trabajar en el país donde han nacido, en la defensa de los bienes comunes como la costa y los servicios públicos del agua, sanidad o educación, contra la estafa de las preferentes. Vive como la expresión de su necesidad para afrontar los conflictos que indefectiblemente tendrán que librar si quieren ser mujeres y hombres libres.

José Antonio Errejón es militante de Izquierda Anticapitalista.